

GONZALO TORRENTE BALLESTER

POEMA
DE
ADÁN Y EVA

Prólogo

JOSÉ GRANADOS



PRÓLOGO AL
“POEMA DE ADÁN Y EVA”
EN EL DON JUAN DE
GONZALO TORRENTE BALLESTER

I.

“La creación de Adán y Eva”. Así se titula el relato poético que presentamos, y que es una obra dentro de otra obra, el *Don Juan* de Gonzalo Torrente Ballester. El poema nos cuenta cómo Dios formó a Adán y Eva, cuál es el sentido de la unión sexual de ellos y cómo tropezaron ambos, emborronando este sentido¹. Para entender el poema tiene interés quién lo declama: Leporello, un diablo disfrazado de siervo del Tenorio. Tiene también interés el autor del poema: dom Pietro, un santo monje de esos que, por pre-

¹ Me han ayudado a penetrar en el sentido de la obra de Torrente Ballester estos trabajos: S. Sevilla Vallejo, “Don Juan, el mito vivo en Gonzalo Torrente Ballester”, *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica* 31 (2013) 213-228; J.C. Rivas, “Don Juan de Gonzalo Torrente Ballester: Reelaboración de los orígenes”, *Revista Chilena de Literatura* (2007) 149-165.

dicar una religión alegre, dan fastidio al Infierno ya que, dice Leporello, “una religión tristoná, macabra, a la vuelta de dos generaciones nos garantiza, por reacción, buena cosecha; pero una religión alegre, de propagarse, nos dejaría sin clientes” (*Don Juan* V,1)². Ya imaginamos, entonces, que la versión que ofrece don Pietro de la sexualidad no será tristoná ni macabra, sino más bien de regocijo y casi castañuelas.

Pero ¿qué pintan los primeros capítulos del Génesis en una novela sobre don Juan Tenorio? La escena de la creación no aparece en el don Juan barroco, vividor mujeriego, ansioso de placeres y trifulcas. Ni la vemos en el don Juan romántico, donde el villano se convierte en héroe a la busca desesperada del amor puro, de amante en amante. Y, sin embargo, en ambos casos los rasgos de don Juan surgen sobre un trasfondo religioso, pues el amor es siempre novio de la muerte, ya vista como careo con el juicio último de Dios (“¡largo me lo fiáis!”), ya como momento en que se alcanza por fin esa transcendencia que anhela todo romántico.

² Cf. G. Torrente Ballester, *Don Juan* (Alianza, Madrid 1998).

El trasfondo religioso de la sexualidad resulta más difícil de percibir en nuestra época, que ha secularizado el sexo, convertido en realidad meramente humana, objeto de estudio de meras ciencias humanas. Es un proceso que puso en marcha la reforma protestante, cuando Lutero negó al matrimonio su enclave entre los siete sacramentos. Poco a poco se llegó a algo inaudito en las sociedades anteriores, que siempre habían marido de algún modo lo religioso y el sexo, ya por el éxtasis que el sexo procura, ya por la vida en germen que en él se transmite.

Hoy nos damos cuenta de que la secularización del sexo no ha ofrecido un sexo más puro, libre, por así decir, de la ganga de lo religioso. Por el contrario, secularizar el sexo ha significado deserotizar el sexo. Pues al eliminar del sexo su misterio, huye también *eros*, el dios alado de Platón (ala es *pteros* en griego), que nos saca de nuestras casillas calculadoras y rompe el techo de la caverna individualista. Y es que tanto placer concentrado sobre uno mismo hace olvidar el deseo que empuja más allá de uno mismo. A pesar de la presencia agobiante de las imágenes del sexo en nuestra sociedad, decae el interés por el sexo en cuanto éste exige un encuentro real con otra persona.

Pues bien, es en el cruce de lo sexual y lo trascendente donde Torrente Ballester quiere ofrecer su versión original del famoso villano español. Tenorio aparece, no como un perseguidor del placer intenso que reta a la sociedad opresiva y puritana, ni tampoco como quien busca una emoción altísima que anegue su sentimiento. La novedad es que Tenorio se rebela contra Dios y esto eleva allende lo humano el tono de su donjuanismo. Así se lo reprocha su padre, ya a punto de que caiga el telón: “al meter a Dios en tus conquistas, las hiciste tan sublimes, que los derechos del padre y el marido resultaban faltos de la debida proporción. ¡No fue a ellos a quienes disputaste las mujeres sino al Señor! ¡No era la ofensa de ellos lo que buscabas, sino la de Dios!” (*Don Juan*, cap.V, n.6).

Sí, don Juan se enfrenta cara a cara con Dios por una cuestión de sexo. Se enfrenta a Dios porque Dios ha puesto en el sexo una promesa que el sexo no puede cumplir. Dios fue quien engatusó al adolescente Juan, Dios quien acreció sus anhelos, Dios quien le colgó alas fingidas para luego dejar que se derritiesen apenas se elevaba un palmo hacia el sol. Así resume su queja Tenorio, tras su primer comercio carnal con mujer: “No creo que haya en el mundo nada en

que un hombre pueda poner más esperanza, ni que le cause decepción mayor”. El reproche lo repite Dom Pietro justo antes de recitar sus versos, con palabras que hurgan en la llaga abierta de don Juan: “ ‘A usted le pareció una vez que existía cierta desproporción entre las esperanzas puestas en la unión sexual, y sus resultados exactos’ ” (*Don Juan*, cap.V, n.1).

¿Qué es lo que esperaba don Juan en aquel primer encuentro con una mujer, que fue la prostituta Mariana? Así nos lo describe:

“Esperaba perderme en ella, y, a través de ella, en el mundo de las cosas, de todo lo que aquella tarde había estado presente e incitante, el aire, la luna, el perfume de las flores, las músicas y la noche. Abrazándola, quería con mis brazos abarcarlo todo: eran como árboles, cuyas ramas innumerables fuesen a hundirse en las entrañas de la vida. ¡Qué enorme júbilo sintió mi corazón ante aquel cuerpo desnudo! Como si en él la Creación entera se hubiese resumido, como si el cuerpo de Mariana fuese instrumento de Dios” (*Don Juan*, cap.IV, n.3).

Si el cuerpo de hombre y mujer se le apareció a don Juan como resumen y recapitulación de la crea-

ción entera, o como instrumento musical de Dios para entonar la sinfonía del cosmos, el resultado, sin embargo, le deja –deja a los dos– hondamente triste. Pues ninguno ha encontrado lo divino a través del otro. De hecho, ni siquiera ha encontrado al otro, como describe clarividente el protagonista:

“Tenía entre mis brazos a una mujer gimiendo de felicidad, pero de la suya, como yo de la mía. El latigazo del placer nos había encerrado en nosotros mismos. Sin aquella inmensa comunicación apetecida y no alcanzada, mis brazos terminaban en su cuerpo impenetrable. Estábamos cerrados y distantes. Afortunadamente, fue rápido” (*Don Juan*, cap. IV, n.3).

La experiencia de don Juan desmiente, pues, lo que el sexo promete. Pues donde el sexo promete unión, don Juan encuentra solo dos placeres simultáneos y aislados. Donde promete comunión con la naturaleza, encuentra la barrera infranqueable del cuerpo. Donde promete roce con lo divino, encuentra el portón del infierno. Dicen que la revolución del sesentaiocho tenía también algo de esa búsqueda de plenitud en el sexo. Y que, como don Juan, ha recogido reclusión, hastío, frigidez, también violencia. En

este sentido la novela de Torrente Ballester, publicada a principios de los sesenta, es premonitoria.

¿Y cómo responde don Juan a su desilusión? Don Juan no se reconcilia con la decepción de lo sexual, sino que la encuentra injusta y se rebela contra esa injusticia, y a este fin usa la sexualidad misma, volviéndola contra su Creador, torturando de pasión a las mujeres para substituir a Dios ante ellas. En medio de tanta villanía queda en pie al menos la decisión de no conformarse ante la desesperanza y la rutina del sexo. Don Juan elige luchar contra Dios, que es un modo de seguir creyendo en Él y, por tanto, de seguir esperando en las promesas suscitadas. En el remordimiento que siente tras sus bellacos gestos comprende que la lucha sigue librándose. ¡Quién sabe! Mientras Dios no deje de luchar podemos mantener la esperanza de que logre derrotarnos.

Pues bien, el poema de don Pietro es precisamente la respuesta de Dios a la acusación del Tenorio. Allí se narra el puesto de la atracción del hombre y la mujer en el designio originario del Creador. Dios confirma a don Juan que su intuición es buena: hay una promesa en la sexualidad, los cuerpos anudados de hombre y mujer pueden ser resumen y recapitu-

lación de la creación entera o instrumento musical de Dios para entonar la sinfonía cósmica. Existe, por tanto, una forma en que esta promesa puede cumplirse. ¿Nos es dado acceder a ella? ¿Por cuáles rutas? Exploremos la respuesta del poema.

II.

Dom Pietro interpreta en modo original el mandato de Dios a Adán: “pon nombre a los animales”. Según el fraile, Dios pide al hombre que recorra el Universo para entender el idioma de todos los seres y llevar a Dios el mensaje que estos le dirigen. Y no anda descaminada esta descripción del mandato genesíaco. Pues para poner nombre hay que reconocer lo más íntimo de cada ser, es decir, el modo en que Dios lo conoce y lo convoca, y descubrir así cómo cada ser responde a Dios desde eso más íntimo.

Ocurre que, según dom Pietro, todas las cosas quieren hablar a Dios, pero que lo hacen sin palabras, con balbuceos bárbaros. Al faltarles las palabras les falta también la conversación que armonice a cada ser con los otros, así como el relato que abarque todo el tiempo, desvelando origen y fin. Entre todos los

animales Adán se diferencia porque toma la palabra, lo cual determina su misión en el Universo. El hombre está llamado a expresar este amor de las cosas por Dios, para que los sonidos se acompasen y las frases sueltas tramen un relato completo, con origen y desenlace.

Adán, sin embargo, tras recorrer el mundo, fracasa en su tarea. El Génesis dirá: “no encontró ayuda adecuada”. Dom Pietro nos lo pinta exhausto y triste tras su viaje. Esto significa que al hombre no le basta conversar a solas con Dios en lo íntimo, conversación que, a la larga, ¿cómo se distingue del soliloquio? El hombre aspira, más bien, a entender el himno que todo lo creado quiere elevar a Dios, porque él también pertenece, por su cuerpo, al himno, y sin comprender sus compases no puede comprender su propio nombre y destino. Y el problema está en que su cuerpo solitario no le permite escuchar por dentro la melodía de las cosas, que se le escapa, dejándole fuera de su concierto.

Es aquí donde entra en juego el sexo. Pues en el sexo el cuerpo del hombre, a través de la mujer, habla un lenguaje de comunión con el cosmos y de sintonía con los ritmos de la naturaleza. Es decir, en la unión

mutua ambos experimentan el cuerpo del otro como si fuera el propio y, a través de este cuerpo, asumen en sí el resto del cosmos creado. Por eso Adán y Eva están llamados a descubrir el lenguaje de todas las cosas y a llevárselo a Dios, único modo en que pueden conversar plenamente con Él, incluyendo en la conversación también sus cuerpos. Resulta entonces que el microcosmos, donde se sintetiza el universo en su apertura hacia el Creador, no es el hombre solo, ni la mujer sola, sino la unión del hombre y la mujer, dos en una carne, a través de la palabra de la promesa.

No extraña, así, que la creación de la mujer se presente en el poema como proeza cósmica. La mujer es la obra maestra de Dios, en la que Dios reúne el brillo del fuego, la pureza del aire, la frescura del agua, la finura de la tierra. Al regalarle a Eva, Dios regala otra vez a Adán el mundo entero, pero ahora como mundo capaz de lenguaje y de conversación y de vida interior. Dios exulta de júbilo al terminar de modelar a la mujer, pues tiene ante sí finalmente al ser humano completo, el cual, como decía san Juan Pablo II, es creado en el momento de la comunión, y no del aislamiento.

Estamos en las antípodas de una visión de la sexualidad como consecuencia del pecado o como

paliativo suyo. Al contrario, solo tras la unión de Adán y Eva reciben las cosas, como apunta Torrente, “patente de eternidad”. Es decir, Adán y Eva, en su unión, hacen madurar todo hacia la eternidad, porque lo ponen en contacto con el amor y con la palabra, y es en el amor y en la palabra donde se fragua lo que siempre y cabalmente dura.

Se intuye así la ayuda adecuada que Adán necesita y encontrará en Eva: no una ayuda útil para sobrevivir cultivando la tierra, sazonando el alimento o hilvanando vestidos, todo ello superfluo en el Edén, sino una ayuda bella para descubrir cómo las cosas contienen un mensaje de Dios que se eleva luego en alabanza hacia Él. Es decir, el sexo permite superar una mirada mercenaria y cultivar otra contemplativa sobre la creación. Se entiende por qué es necesario no eliminar la diferencia sexual –como maquinan hoy ciertas corrientes ideológicas– y no solo porque esta sea útil y placentera para el hombre, sino también porque eleva la vida humana más allá de lo útil y placentero. De ahí que, si la diferencia de los sexos deviniera una variación más entre otras, sujeta a la utilidad o placer de cada uno –lo que es un objetivo de dicha maquinación ideológica– se convertiría en sal que ya no sala.